



"Abuela"
Autor: Mario Mayolo

PALABRAS DE GRIOT

Revista del Departamento de Lenguas, Lingüística y Literatura de la Universidad del Pacífico



“HACER FILOSOFÍA ES AMAR LA SABIDURÍA”

Por: Luis Wbaldini Rivas Gómez*

Aristóteles decía: “Todo hombre es filósofo”. El hombre quiera o no, está destinado a hacer filosofía, a formular preguntas, a preguntarse el porqué de las cosas.

Encontrar problemas, o percatarse de ellos, es propio del hombre porque es un ser que piensa, porque es capaz de meditar, de ensimismarse. Cuando nosotros meditamos, que es como el rumiar de las vacas, volvemos sobre las cosas y sobre nosotros mismos, si volvemos es porque antes nos habíamos separado. Vivir es como meditar, es como perderse en lo cotidiano, en lo que acontece; pero cuando meditamos nos encontramos con las cosas y con nosotros mismos en un ahondamiento mayor (en La Biblia encontramos un ejemplo significativo: la historia de Moisés, él tuvo que romper con un ambiente y separarse de él, partió al desierto y se convirtió en extranjero; entonces pudo ver y en su regreso a la realidad libera al pueblo de Israel). Los problemas nos llevan a la meditación, que no es más que el encuentro con la realidad.

Este meditar es el antiguo admirarse de los filósofos, la admiración para ellos era saber entrañarse, ser extranjero en el mundo de lo cotidiano. Lo admirable dice Chesterton, “no es que el sol no salga un día, lo admirable es que salga todos los días”.

Los filósofos más antiguos veían en la admiración el comienzo de la filosofía. Platón en el “Trates”, dice: “El verdadero ánimo del filósofo es la admiración”. El origen de la filosofía es la admiración. La misma idea la expresa Aristóteles cuando dice que el filósofo se sorprende ante los problemas más sencillos, y luego, poco a poco, llega a los más complejos. En el asombro, según Santo Tomás, el filósofo y el poeta se encuentran, porque en este se expresa la capacidad del hombre de distanciarse de su ambiente y de sí mismo.

La admiración que está en el origen de la filosofía, no es solo el asombro como curiosidad, sino sobre toda exigencia de conocer la verdad, es tensión hacia la verdad, hacia el ser de las cosas. Entonces, filosofía, es desde luego, revelación de lo escondido, así como los golpes del artista sobre el mármol muestran la estatua. “Del asombro se desencadena el amor por la sabiduría”. Según cuenta Cicerón, parece que la invención del término filosofía se le atribuye al pensador griego Pitágoras, él llamaba a los filósofos “amantes de la sabiduría”.

*Luis Wbaldini Rivas Gómez es Licenciado en filosofía y teología. Docente de la Universidad del Magdalena, sede Buenaventura. Dirección de contacto: luisunivalle1@ yahoo.es



Etimológicamente, filosofía está formada por las palabras griegas philo y Sophía, que significan “amor a la sabiduría”; filósofo es, pues, el amante de la sabiduría. Hacer filosofía es amar la sabiduría. El verdadero filósofo para Sócrates es aquel que sabe de no saber, de allí su máxima: “Sólo sé que nada sé”. La sacerdotisa de Delfos, a la pregunta de quién era el hombre más sabio de Grecia, respondió: Sócrates, apenas lo supo él, lo interpretó así: “Mi sabiduría es superior a la de los hombres por aquello que sé de no saber”. El no saber es garantía de respeto para el otro, el que cree saber intelectualmente se enorgullece y enraíza por encima del otro, la verdad está tanto en el maestro como en el discípulo, no es propio ni absoluto en ninguno de ellos, ambos son poseedores de ella, con tareas y funciones distintas. La tarea del maestro es “mayéutica”: como la partera que ayuda a nacer a los niños, el maestro va haciendo nacer a los niños, el discípulo va haciendo nacer lo que ya está en él. El buen filósofo, suscita, produce, provoca, hace transparente la necesidad de amar la sabiduría.

El filósofo, entonces, está en tensión permanente de presencia y ausencia en él, de sabiduría. Platón, en el “Banquete”, pone en boca de Sócrates su concepción del amor, dice: “El amor no es mortal, ni inmortal, ni ignorante, ni sabio, es un “demone” que participa de los dos opuestos: Amor es hijo de un padre rico: Polo, que significa adquisición, y de una madre pobre: Penía, que significa Indigencia. Amor es pobre y rico al mismo tiempo, es aspiración a la sabiduría para quien está privado de ella; es tendencia de la inmortalidad a quien es mortal. El filósofo como el amor, está entre la abundancia y la indigencia, entre lo divino y lo humano, es ambas cosas sin ser totalmente cada una de ellas, está a mitad del camino entre el sabio y el ignorante, camina con las muletas del dar y recibir. El filósofo ama la sabiduría porque sabe que nunca la posee totalmente, porque recibiendo da y dando recibe. A todas luces, Dios es la sabiduría.